

Simone Weil



Biografía

Nació en París el 3 de febrero de 1909 y murió en Ashford (Inglaterra) el 24 de agosto de 1943, con tan solo 34 años.

Proveniente de una familia judía, sin contar con ninguna formación religiosa (“educada en un completo agnosticismo”), estuvo desde niña obsesionada por el dolor humano y quiso alcanzar a Dios a través de la compasión. Intelectual y laica; su padre era un médico famoso y su hermano mayor, André, un matemático brillante y precoz.

Estudió filosofía y literatura clásica. A los diecinueve años ingresó, con la calificación más alta, seguida por Simone de Beauvoir, en la Escuela Normal Superior de París. Se graduó a los veintidós años y comenzó su carrera docente en diversos liceos.

Al comienzo de los años 30 partió por algunas semanas a Alemania y a su regreso escribió algunos artículos donde expresó con lucidez hacia dónde se dirigía dicho país.

A los 23 años fue ‘transferida’ del liceo por encabezar una demostración de obreros desempleados. Un diario conservador la apodó ‘la virgen roja’, por su extraña combinación de preocupaciones por la situación social y por la pureza y la verdad. No tuvo, sin embargo, convicciones religiosas. Las disputas con los superiores de los liceos se sucedieron, por cuestiones políticas y metodología docente.

A los 25 años abandonó provisionalmente su carrera docente para huir de París y, durante 1934 y 1935, trabajó como obrera en Renault: «Allí recibí la marca del esclavo», dijo.

Pacifista radical, sindicalista revolucionaria, antiestalinista, participó desde 1932 en el Círculo comunista democrático. Participó en la huelga general de 1936. Militó apasionadamente por un pacifismo intransigente pero, al mismo tiempo, formó parte de la columna Durruti en España que luchaba contra el levantamiento militar encabezado por Franco.

Su familia estaba en grave peligro de ser clasificada como no-aria, con las consecuencias del caso. Irónicamente, Weil no tuvo formación judía alguna.

Sus escritos religiosos son netamente cristianos, si bien sumamente heterodoxos. Su posición frente al judaísmo y a la identidad comunitaria judía fue de rechazo explícito y total, propiciando que haya sido acusada de autoodio por algunos autores.

Cuando en 1940 es obligada a huir de París y refugiarse en Marsella, escribe permanentemente para exponer una filosofía que se quiere proyecto de reconciliación —siempre dolorosa— entre la modernidad y la tradición cristiana, tomando como brújula el humanismo griego.

En 1942 visita a sus padres y hermano en Estados Unidos, pero más tarde parte hacia Inglaterra para incorporarse a la resistencia.

En este período final de su vida profundiza en la espiritualidad cristiana. Sin embargo, su acercamiento es heterodoxo y no excluye el interés por otras tradiciones religiosas. También se interesó en estos años por la no violencia preconizada por Gandhi —que ella juzgaba más reformista que revolucionaria— y tuvo algunos encuentros con Lanza del Vasto.

En 1943 se le diagnosticó tuberculosis. Se internó en un sanatorio de Ashford, en Inglaterra, donde falleció en agosto con 34 años. La causa exacta de su muerte es objeto de debate. Algunos de sus biógrafos subrayan su deseo de compartir las condiciones de vida de la Francia ocupada por la Alemania nazi, lo que la habría llevado a no alimentarse lo suficiente, agravando así su enfermedad.

El cristianismo -la religión de los esclavos a su parecer- ocupó un lugar preponderante en sus pensamientos; tuvo alguna experiencia mística, a la que prefirió resistir; se negó a rezar o a considerar siquiera "la cuestión del bautismo". A pesar de que solo fue bautizada poco antes de morir, pues al inicio no quería recibir el bautismo a causa de su rechazo de la ortodoxia, vivió y es ampliamente considerada como una mística cristiana.

Dejó una abundante literatura cristiana y textos místicos. Todas sus obras aparecieron después de su muerte, editadas por sus amigos, la mayor parte por Albert Camus y el padre Joseph-Marie Perrin. Desde entonces, ha atraído la atención creciente de literatos, filósofos, teólogos, sociólogos y lectores corrientes por su ética de la autenticidad y la rara combinación de lucidez, honestidad intelectual y desnudez espiritual de su escritura.

Albert Camus, uno de sus editores y amigo, admiró su obra como una de las más importantes del fin de la guerra, describiéndola en 1951 como «el único gran espíritu de nuestro tiempo»

Publicaciones

A la espera de Dios



«A la espera de Dios» es expresión de la actitud atenta y vigilante, pero también del carácter siempre inacabado de una búsqueda exigente de verdad como la obra y la vida de Simone Weil. Las cartas y ensayos recogidas en este volumen y publicados póstumamente en 1949 fueron escritos entre enero y junio de 1942 y recogen muchas de las claves que marcan la obra de Weil: radicalidad desconcertante, probidad y coherencia intelectuales, amor y profundo conocimiento de los clásicos griegos, identificación con los vencidos, vocación «católica» de simpatía con todos los hombres, experiencia mística...

La gravedad y la gracia



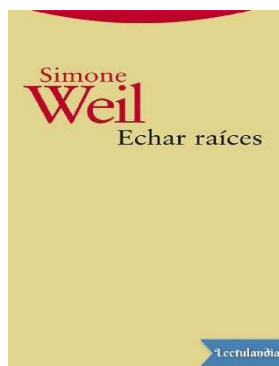
Antología de los textos que Simone Weil, la mayor pensadora del amor y la desgracia de nuestro siglo, fue anotando en sus "Cahiers", textos que traducen una experiencia interior de una autenticidad y exigencia poco comunes. En ellos se refleja lo que, a lo largo de su breve existencia, Simone Weil anduvo buscando: el punto de intersección entre la perfección divina y la desgracia de los hombres.

Carta a un religioso



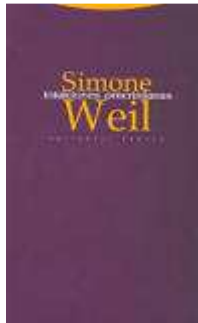
La carta que Simone Weil dirige al dominico Jean Couturier en 1942 tiene todavía hoy un valor excepcional. No sólo como testimonio del rigor intelectual y moral de su autora y de su insobornable compromiso con la verdad, sino como expresión de la tensión que enfrenta a la autenticidad de una fe vivida radicalmente con la esclerotización del dogma.

Echar raíces



Escrito en 1943, a petición del gobierno francés en el exilio, este libro debía constituir un programa político para la nueva Francia. En él se dan cita las proposiciones fundamentales de una de las reflexiones filosófico-políticas más notables, interesantes y significativas de este siglo. Simone Weil trata en esta obra el tema de la necesidad humana del arraigo, analiza la situación de desarraigo de obreros y campesinos y plantea cuáles son las necesidades del alma humana y las obligaciones hacia el prójimo que de ellas se desprenden. Albert Camus, su editor, lo consideró uno de los libros más importantes de la postguerra y un auténtico tratado de civilización.

Intuiciones precristianas



Entre octubre de 1941 y mayo de 1942, en el periodo que va desde el final de su estancia en Marsella hasta su partida para Nueva York desde Casablanca, Simone Weil se consagró a desvelar «el centro mismo de todo el pensamiento griego», rastreando en algunos de sus textos más bellos los precedentes de lo que a sus ojos constituía la inspiración cristiana. A lo largo de esta lectura, y en las palabras de las figuras trágicas de Prometeo y Antígona, de la mano del Platón del «Timeo», del «Banquete» y de la «República» o a raíz de diversos fragmentos de la doctrina pitagórica («el gran misterio de la civilización griega») así como de algunos pasajes bíblicos, Simone Weil va desgranando sus reflexiones acerca del Amor divino, del consentimiento del alma a Dios en la desgracia, de la fuerza, la necesidad y la belleza del mundo, de la armonía y la amistad.

La persona y lo sagrado



La persona y lo sagrado es una obra breve de Simone Weil que apareció publicada póstumamente en el volumen *Escritos de Londres*. Con poco más de treinta años, mientras esperaba en Londres la orden de regresar a Francia para unirse a la Resistencia, la autora redacta este texto de corte *neoplatónico*, luminoso, místico, *verdadero*. El título puede dar pie a engaño. La persona y lo sagrado no son términos afines sino contrarios. Lo que hay de sagrado en el individuo es eso que grita de dolor cuando se sufre una injusticia. Lo sagrado es lo que hay de impersonal en el individuo.

El conocimiento sobrenatural



Este libro ha sido elaborado con el contenido de los últimos cuadernos de Simone Weil. Se trata en su mayor parte de pensamientos, esbozos de obras, notas de lectura y también algunas bibliografías y citas. Hay siete cuadernos y una libreta. Los cuadernos corresponden al período que va desde la salida de Marsella hacia Marruecos, el 17 de mayo de 1942, a la salida de Estados Unidos hacia Inglaterra el 10 de noviembre de 1942. Durante ese tiempo, Simone Weil había pasado algo más de dos semanas en el campamento de Ain Seba, cerca de Casablanca, embarcándose luego para Nueva York, adonde llegó a finales de junio de 1942. La libreta data de su estancia en Inglaterra, principalmente en Londres, y llega hasta los últimos momentos de la vida de Simone Weil: el final está escrito a lápiz.

La libertad y la opresión social



Lo que empezó siendo un artículo para “La Critique sociale”, en el que se cuestionaba la doctrina marxista del crecimiento ilimitado de las fuerzas productivas, acabará adquiriendo las dimensiones de un ensayo que pretende hacer el inventario de la civilización actual. Las “Reflexiones sobre las causas de la libertad y de la opresión social” constituyen una síntesis del pensamiento de Simone Weil a finales de 1934, que recapitula las enseñanzas de su

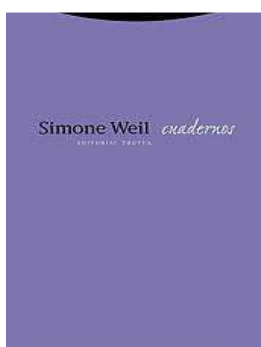
militancia en el seno del sindicalismo revolucionario antes de su decisiva experiencia como obrera en la gran industria.

La fuente griega



En los últimos años de su vida Simone Weil se consagró de manera especial a la tarea de desvelar «el centro mismo de todo el pensamiento griego», estudiando y traduciendo los textos de filósofos y poetas. A estos trabajos pertenece el ensayo «La Ilíada o el poema de la fuerza», aquí recogido, cuya lectura de los versos homéricos compendia la entera meditación de la pensadora: «No es posible amar y ser justo más que si se conoce el imperio de la fuerza y se sabe no respetarlo». Los textos reunidos en el presente volumen son fruto de la preocupación de Simone Weil porque las obras maestras de la poesía y la filosofía griega fueran accesibles a las masas populares: en sus traducciones tanto de pasajes de «Electra» o «Antígona» como de los fragmentos de Heráclito, en sus comentarios a Platón («Dios en Platón») o en sus notas a Cleantes, Ferécides, Anaximandro y Filolao.

Cuadernos



Estos once «Cuadernos», conocidos también como los «Cuadernos de Marsella», que Simone Weil entregó a Gustave Thibon en la primavera de 1942 antes de abandonar Francia, podrían haber sido el origen de numerosos escritos, pero en su forma actual son abruptos y fragmentarios, pudiendo ser leídos como si se tratase de su obra completa en bruto, introduciéndonos de lleno en el interior de una meditación incesante, permitiéndonos atisbar la riqueza y complejidad del pensamiento y de los intereses de esta singular filósofa. Estamos ante el taller de la mayor pensadora del amor y la desgracia

del siglo XX, en el rincón donde se recoge la última mística sin religión adscrita, en el laboratorio donde se nos descubren todas las raíces de su saber que se hincan en las civilizaciones pasadas y presentes, y beben de disciplinas como la física cuántica, la literatura popular o la filosofía de las religiones, alimentada por una febril curiosidad enciclopédica.

Pensamientos desordenados



Reflexiones de una de las más singulares pensadoras de nuestro siglo en torno a la experiencia mística y a las constantes de su pensamiento y acción: la espera como medio destinado a disminuir el mal, la contemplación y la intuición, la poesía en la religión, la diferencia entre trabajo enriquecedor y deshumanizado, el contacto con la divinidad por medio del deseo y la privación.

La condición obrera



La experiencia del trabajo de fábrica que hace Simone Weil entre diciembre de 1934 y agosto de 1935 obedece a su vocación de exponerse y de someter sus ideas a la prueba de la realidad. En su Diario de fábrica, testimonio excepcional de esta experiencia, Simone Weil transcribe la angustia, el miedo y la degradación padecidos durante las jornadas de trabajo y recoge la rabia impotente, el hastío, la amargura, las lágrimas, las broncas, la preocupación por dormir, la extinción de la facultad de pensar, pero también los escasos momentos de luz fruto de algún inesperado gesto de bondad. Todo ello lo resumirá más tarde en una conocida frase al padre Perrin: «Estando en la fábrica, confundida a los ojos de todos y a mis propios ojos con la masa anónima, la desgracia de los otros entró en mi carne y en mi alma»